

César González-Ruano
Baudelaire

◀ BackList

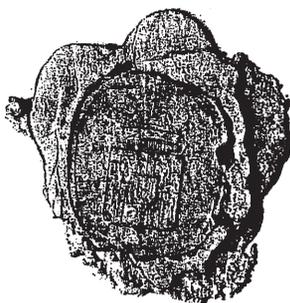
Nota a esta edición

En 1931, Librería y Casa Editorial Hernando publicó, por vez primera, la biografía que César González-Ruano dedicó a Baudelaire. Debido al éxito del libro, el editor José Janés se interesó por él, y quiso encargarse de la segunda edición. Sin embargo, la irrupción de la guerra civil y la posterior dictadura franquista obligaron al autor a realizar una serie de correcciones para eludir la censura.

BackList ha podido recuperar, gracias a la inestimable ayuda de César González-Ruano hijo, el libro original donde el autor marcó estas correcciones. Tal como recoge la nota manuscrita del propio González-Ruano, que hemos mantenido en nuestra edición, el ejemplar fue salvado del incendio y saqueo que sufrió la casa del periodista durante la guerra. Así, nos complace ofrecer a nuestros lectores la oportunidad, por un lado, de leer la versión original de *Baudelaire* y, por otro, de descubrir cuáles fueron dichas correcciones, que hemos indicado de la siguiente manera:

- Las palabras sombreadas indican que el autor quería que éstas fuesen eliminadas.
- Las palabras entre corchetes marcan lo que González Ruano deseaba incorporar al texto.

Ejemplar rescatado del incendio rojo.
Febrero 1937.



(Sobre este ejemplar, único que conservaba, se hizo la segunda edición (que en realidad es la tercera puesto que salieron dos en Madrid) de "Baudelaire" en Barcelona y en 1948 por J. Jaués, editor en la colección "El manual que no cesa." Las supresiones que no están marcadas en este ejemplar por mí fueron de censura.

C. González-Ruano.
Enero 1949.)

Carta al editor

Distinguido señor y amigo mío: Hace próximamente medio año que nos puso de acuerdo un gran poeta, un gran desdichado, Carlos Baudelaire, que en nuestra conversación parecía estar vivo, presente, fugitivo y estático a la vez. Quedamos en que yo ordenaría en cierto modo mi pensamiento, escribiendo un libro que usted editaría.

He aquí que yo he terminado mi compromiso y usted va a comenzar el suyo. Le entrego el más entusiasmado de mis libros. El más desesperado de su orden también. Es un libro de poesía martirizada, condenada casi a no aparecer. Cuando me entusiasmaba, la ducha: esto es, el texto ajeno, el documento oportuno y cruel.

Usted, que me sabe preocupado por la nueva poesía, no ignora cómo amo y cómo veo a Baudelaire, este poeta superior; cuya actualidad me parece más inminente y eminente cada día. En cuanto a mi entusiasmo, es tal, que si Baudelaire hubiese necesitado, a su popularidad, que le sobra, un sacrificio, yo hubiera estado siempre pronto a consagrarle buena parte de mi vida, como él dedicó lo mejor de la suya en honor y gracia de Poe.

Faltaba en España un tributo al más extraordinario, desgarrado y auténtico poeta de la Francia del siglo XIX. ¡Ojalá Dios quiera, y los fantasmas lo hayan consentido, que

este libro sea algo medianamente digno de su desconsolada y magnífica grandeza!

Creo honradamente que se me habrán pasado muy pocos títulos de la extensa bibliografía del poeta sin ser detenidamente consultados, para después, con mi razón, aprovechar lo aprovechable y olvidar lo inútil, además, naturalmente, de tener muy en cuenta revistas, diarios, y frecuentes y aisladas menciones donde he encontrado datos hasta cierto punto inéditos, además, también, de contrastar, cotejar y desesperar noticias que cada biógrafo da a su modo, y con frecuencia en el único acuerdo de darlos todos mal. Recuerdo en este sentido verdaderos momentos de angustia, días enteros de obcecación, hasta lograr, o creer haber logrado, la luz en aquello que todos dejaron confuso hasta la irritación de quien desea lo exacto y verdadero. Con lo que le digo, y ayudado por notas hace tiempo tomadas por mí, directamente, en las Bibliotecas francesas, y manteniendo continuamente relaciones particulares que me fueron muy útiles, y que tenían el encargo de proporcionarme cuanto supieran de Baudelaire o sus comentaristas, creo poder ofrecer a usted, relativamente conciso, un libro todo lo digno que fue posible a mi temperamento poco calmoso de ordinario.

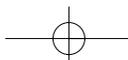
Me cabe, por fin, la soberbia de asegurarle que alguno de los olvidos que, muy con lupa, pudiera apreciar alguien, son olvidos voluntarios, por pasión a la que no renuncio, o por Providencia, por magia, en suma, en la que siempre creo. No va a tener razón la Historia, en contra de la Poesía.

Quede usted con Dios, como yo quedo con mis fantasmas y mis ángeles, dos obsesiones tozudas de este libro, dos

obsesiones que sólo pueden abrumar o enamorar de veras.
Le estrecha la mano, buen amigo,

CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO

14 abril, 1931.



Prólogo

Había pensado escribir esta dramática biografía comenzándola con el momento de la muerte del poeta más poeta, del más desgraciado y desnivelado de todos los poetas, del, también, más furioso de su personalidad, más suicida, que aparece en el cielo literario del siglo XIX francés, como el ángel maldito y desplumado de la alta noche, como el ángel de la droga, de los amores confusos y tenebrosos, del aburrimiento que hace a su alma cruel, de la ternura envenenada que se revuelve en un rencor casi sagrado.

Hace mucho tiempo, quizá antes de leerle, que le amaba y odiaba de un modo tan propio, tan agresivamente personal, que nunca consideré a nadie con mejor derecho para llorarle y vapulearle, como a un desastroso y magnífico hermano, perdido para siempre y encontrado en noches largas de soledad y hastío, contra la voluntad de los siglos y los siglos amén.

Efectivamente, él estaba, desde mi niñez, en el mármol de mi chimenea familiar, con fuego vernáculo, como un candelabro suntuoso y triste, pesado e impar a quien no había modo de encontrar pareja. Todos los malditos, todos los monstruos, todos los desgraciados, incluso aquel caballero de la desdicha que entró en el paraíso hablando inglés, entre un son de campanas y un perfume de nardo, todos eran de otro estilo, y allí permanecía él, altivo, desnudo y miserable, hermoso y cargado de silencio, con el silencio terrible de quienes tienen en la boca

palabras muertas de un idioma más antiguo y más puro que el mundo, de un idioma que nadie puede comprender y al que sólo es posible aproximarse en comprensión con un oído desesperado de un amor tenebroso y dulce.

Había pensado levantar el telón de este drama sombrío, culto y bárbaro al tiempo, en aquellas once de la mañana del último día de agosto de 1867. Y había pensado que comenzara la escena con las palabras esmeriladas de horror que lanzaba su boca morada en el delirio agónico: «Nom, nom, cré nom, cré nom!...»

Así iría retrocediendo paso a paso, día a día, hora por hora, minuto por minuto, hasta tenerlo en mis brazos de biógrafo, pequeñito y suave, como un niño cualquiera, olvidando que era el niño a quien la vida y los espectros habían condenado, en una noche de infortunio, a no vivir nunca —¡oh, nunca más!— una auténtica y simple niñez.

Hubiera, por fin, entonces, terminado este libro piadoso y despiadado, al cortar con mi pluma el cordón inocente y animal que le unía, en el mediodía del 9 de abril de 1821, a la muy blanca y muy sentimental señora de Francisco Baudelaire, Carolina Dufays.

Pero no ha sido así. Los escrúpulos y el temor de Dios, que gusta de que se conserve en las biografías un orden idéntico al natural en las vidas, el respeto a una tradición que nos hace representar la farsa de hablar de un niño cuando aún no podemos saber oficialmente los biógrafos quién va a ser, ni si va a ser siquiera, me deciden a comenzar este libro como todos los de su género.

He renunciado también —lo diré aquí por si se me olvida luego— muchas veces a salir a tinglado manejando yo solo a mi lóbrego e inefable personaje, en honor a una documentación cuya transparencia en el libro considero imprescindible.

Quede de todos modos registrado mi pensamiento, y ladren los perros que ladran al que se apodera del Copyright by, si algún osado sin temor de Dios ni respeto a esta biografía de Carlos Baudelaire, se atreve a comenzarla mostrando impúdicamente su cadáver. No hay burlas con el amor, y yo estaba enamorado de esta idea, a la que renunció heroicamente, como renunciamos las hombres de café a sorprender el secreto de sus espejos, y preguntarles por las debilidades de los fantasmas que se miran y remiran la sábana de niebla terciada en los baudelairianos sábados de todos los países, cuando la luna está demasiado blanda, y de espaldas a nuestra época, como últimas cornejas del Partenón, estamos próximos al llanto mirífico, crucificados en los rascacielos, sangrando nuestro corazón ebrio de edades, anacrónico por viejo y por porvenirista, con el violento asesinato de los rojos anuncios luminosos.

Aunque en un principio traté de evitarlo, mi Baudelaire saldrá a la luz pública, y a la luz íntima, con el furgón de cola de unos apéndices, ya que no me bastan las notas y los largos incisos, las dilatadas consideraciones, para fijar su personalidad y animar su cadáver. Por ejemplo, el capítulo dedicado a «Las Flores del Mal», que comenzaba a crecer, a crecer, hasta hacerse un cementerio de flores y de citas, hasta adquirir una vida tan suya, un radio tan amplio, que hube de contenerle, de aplastarle con mis manos tostadas por el trabajo y por la noche, para llevarle luego al campo de la propina, al campo libre del apéndice, en el que las cosas se esparcen en libertad, como las bestias de ojos apacibles y dormidos en los campos, la conciencia en la soledad y el humo dentro del humo.

Mi Baudelaire ha crecido por acumulación y placer de

insistencia. Es inútil: nadie me podrá convencer de que las biografías encariñadas pueden hacerse de otro modo que dejando picudos los pasajes que no logran conmovernos, y puliendo y enjoyando, recargando y excediéndose en aquellos puntos en que uno mismo está presente con el biografiado, como en la fraternal fotografía de las entrevistas, acercando el tiempo y limitando el espacio de tal modo que se llega a ser contemporáneo de quien no lo fuimos, encontrándonos envilecidos y superados en su vileza y en su superioridad.

Un biógrafo debe de ser un cómplice. Pero un cómplice que delata a la policía de la historia lo bueno y lo malo, fijando el carácter del otro, pasando con tinta china su cara, su corazón y las huellas dactilares de sus secretos. Cultura de aquel tiempo y de aquella personalidad psíquica, biológica y fisiológica, es biografía, cultura y verdad. Poesía y mentira, también.

En cuanto a la intención... Seamos francos. Sólo siendo muy alta la pretensión, puede tener una estatura media la realidad conseguida. Con esto no quiero decir que yo pretenda hacer un libro completo sobre Baudelaire, no. Ni constituye, por mi parte, un ideal ni, racionalmente, ello es posible. (En el aspecto documental, por ejemplo, el Baudelaire de Eugenio y Jacobo Crepet, al que me refiero continuamente, es insuperable, en tanto que sobre la mística y casi mítica paciencia y escrupulosidad del padre y del hijo, su continuador, se añade la ventaja preciosa de la época que hizo factible a Eugenio Crepet relacionarse con los amigos y editores del poeta, y a su hijo completar con el tesoro de archivos particulares la documentación excelente de la obra. Su sentido heroico, por otra parte, que renuncia tantas y tantas veces y casi siempre, a la divagación literaria, contribuye a hacer del libro el documento insustituible en el que han alimentado sus obras todos quienes con

algún fundamento escribieron sobre el autor de «Las Flores del Mal».)

La intención y pretensión, pues, de superar lo existente, está en una íntima relación del sentido personal, subjetivo, de lo que puede ser un libro aproximado a la perfección —en, y aún, por sus imperfecciones—, y el panorama de lo posible. Es, exactamente, lo que al retrato, en pintura, supone el espíritu, y nunca el parecido fotográfico, la perfección realista, práctica, absoluta, pero indeseable. En este sentido, yo emprendí y realicé una vida de Baudelaire que se parece mucho a lo que hubiera deseado haber escrito, que no era una biografía novelada, ni un estudio al modo clásico, sino algo especial, cuya especialidad está en el paralelo de lo poético y lo obsesionado que no soslaya un solo instante el dato preciso, la rectificación de errores, la luz que he intentado verter sobre puntos oscuros, en la existencia del poeta.

El acento provisional que algunas veces delata mi hábito de escritor rápido, es imposible de remediar. Con todo...

Con todo, este es mi primer libro escrito en cierta calma, en la voluptuosidad, para mí inédita, de dejarlo dormir días enteros, para después avanzar sobre él muchas horas seguidas, recurriendo a los grandes tóxicos inocentes del café y el tabaco, ofreciéndole el sacrificio del sueño, del amor, de la fabricación de dinero por medio de artículos, en días largos en que me hundía dulce y desesperadamente en este libro de una utilidad práctica confusa y lejana, sacrificando también la contenida alegría de salir corriendo como un corzo, entre la lluvia, o la de estirarme a la sombra de mi juventud, en la divina pereza de no hacer nada, sobre la pista infinita del descan-

so, que es doblemente admirable cuando de nada tenemos que descansar.

Crecido en el silencio de medio año, este manuscrito es la venganza de todas mis prisas, de los libros de circunstancias, escritos en diez o doce días, de tanto reportaje y tanta interviú, hechos con la atroz desgana profesional de quien sabe que la interviú es sólo la expresión de la necesidad al servicio de la necesidad.

Lo he escrito incluso cuando no lo escribía. ¡Qué meses más infinitamente baudelerianos, Dios mío! A todos mis amigos les he ido presentando a Baudelaire y no me he sentado a una mesa ni he escalado una sola noche la cama sin pensar en él, sin hablar de él, sin hartar a todos con la presencia de este exquisito e insuperable fantasma, obligado por mi insistencia a salir del Limbo donde descansan los poetas desgraciados para volver a la tierra, para avecindarle bajo el sol de limonada de Madrid, la ciudad que él no conocía, para sentarle en mis cafés, donde él pedía vino cuando menos se lo esperaba el camarero, escamado del que hablaba junto a mí estando yo aparentemente solo.

¿Y por las noches? ¿Cómo no conversar con Carlos en las altas noches, cuando los pies doloridos apenas se posan en el suelo, en la embriaguez de la hora lívida, cuando la conciencia se queda fría y pide dos chalecos para poder soportar la helada y regresar con nosotros al lecho, que es donde la conciencia se hace, sobre todo en invierno, más infantil y simple? Sin saber por qué me acercaba a las pobres lobas de los arrabales y entraba en las tabernas horribles que tienen en la noche un solo ojo iluminado y turbio, y me extasiaba ante el perro muerto, próximo a la basura, que recoge por las mañanas, cuando los barrios huelen a pan caliente, a beatas y a vilísima honradez, esa moza

trapera de piernas desnudas, fresca de suciedad, apetitosa de harapos, a quien parecen desflorar todos los días los gallos eróticos de los solares madrileños.

Luego, en mi casa, nuevamente con él, con su sombra ahorcada y lánguida, como los abrigos en la percha. Me quedaba en mi biblioteca, con él, y con los graves retratos de familia. Con Don Agustín González, con Don Miguel Ruano, con Doña Josefa Garrastazu, con Doña Trinidad de la Sota, con el Marqués de Casa Cagigal y Don Diego de la Puente, la calavera y su espada. Tú los conoces bien, Carlos. Tus libros tienen, arriba de las tablas de la biblioteca, los penachos de los viejos marcos, las pelucas empolvadas, las duras patillas, los rostros exangües de las miniaturas puestas en hilera. Tú conoces, Carlos, mi falsa chimenea moderna, donde arden los finos leños del gas, mis porcelanas, mis últimos lujos de nuevo pobre, mis cajones llenos de cartas, de plumas viejas y de trampas. Quedaba allí, solo, solo con él, los cristales del balcón esmerilados por la escarcha, Hamlet de pitillo inglés que interroga a su propia calavera, borracho de café con leche. Pero no, Carlos, no estábamos tan solos. Yo tenía en mis rodillas el volcán sin lava de mi gato de Siam. ¡Cuántas veces a sus ojos encendidos y adormilados a la carota fabulosa, a las orejillas sutiles de mi gato, les he recitado tus mejores poesías, oh, Carlos!

Libro ancho y largo, libro barroco, entusiasmado en su tristeza y en su sensualidad, libro de dos caras, la documental y la del alivio y lujo literario va a vosotros, inevitablemente, sin releer. ¿Quién sería capaz de vivir dos veces? Si hubiera releído este manuscrito obsesionado, lo habría vuelto, tal vez, a escribir. Quizá entonces saldría ganando el estilo, que presumo des-

cuidado por un exceso, de amor; saldría ganando yo, por ganar en mérito la obra. Pero no puede ser. ¡No puede ser! Comprended todos que no puede ser. Resultaría desalmado insistir con frialdad sobre aquello que nació en el calor feroz de lo espontáneo. Sería demasiado miserable retocar la salvaje libertad con que irrumpe en sus páginas esa negra lóbrega y hermosa que atenaza a Carlos con sus piernas, como una sirena de dos colas; volver hacia atrás por si existían olvidos. Estos libros deben escribirse con superstición, al dictado del Espíritu Santo Negro, que se posa en la nuca de algunos biógrafos, y comprender que los olvidos no son sino incisos de providencia, y las repeticiones demostración clara de que el Ángel de la Mala Guarda no nos deja jamás de su mano, envarada de sombras.

¡Dios mío, qué sorprendente, mágica y llena de fe hacia ti es la gran blasfemia de este libro, continuación de las católicas blasfemias de Carlos, de Barbey, de Huysmans, de tantos otros como querían encontrarte en la negación, en lo sombrío, en el devoto ejercicio del pecado, en el misterio eucarístico del análisis, en el placer sospechoso de escupir hacia arriba, de revolcarse en la angustia de allá abajo!

Ya he dicho que mi apasionamiento por Baudelaire es contemporáneo a mi adolescencia, acaso antes de leerle. Fue en la edad precursora al galleo literario, sobre los quince o dieciséis años, cuando las acacias huelen a acacias y sólo a acacias todavía, fue entonces cuando dije a alguno de mis amigos una frase pedante y estupenda: «Baudelaire es un ángel mojado en sangre.» ¿Qué hondo presentimiento fue aquel? ¿Qué extraña intuición tuve para definir así a un ser a quien apenas conocía? Aquella definición ponía el dedo juvenil e inconsciente en la

llaga misteriosa del costado verdadero. ¿Un ángel mojado en sangre?... Sí, sí. Esto me serviría más tarde para comprender que las moscas son ángeles mojadas en tierra negra, ángeles rebeldes que se acuerdan del cielo atávico y caótico cuando cabecean y gruñen en los cristales de las ventanas.

Baudelaire tiene mucho de ángel rebelde, como Poe me resulta el ángel perdido del que no se acuerda ni Dios ni el Diablo, por lo que se ve obligado a permanecer en la tierra, indocumentado y sombrío e infinitamente bueno e infinitamente desgraciado, cogiéndose las alas con las puertas de los periódicos, donde no pueden comprenderle, y de las tabernas, donde no pueden amarle, deseando morir para romper el maleficio del olvido, para llegar al cielo y pedir nuevamente su inscripción en el ejército angélico, donde dan con las alas nuevas cartucheras llenas de sueños y melódicos violines inefables. Donde les permiten —sabadlo bien— besar en la frente a los hijos de las mujeres hermosas que nunca fueron sus amantes, en un escape de ternura erótica que Dios Padre tolera, haciendo como que no lo comprende, y prefiriendo siempre esto a que los ángeles y bienaventurados puedan hacerse espiritistas.

Él también se supo ángel, un ángel por decadencia, puesto que antes había sido un Niño Jesús nacido del milagro de una Virgen que tenía a su lado al San José viejo de Francisco Baudelaire. Hijo del milagro, mal niño Jesús escéptico y malhumorado antes de nacer, desde su agudo y horrible sino, porque él no venía a redimir nada ni a amar nada, sino a crucificarse por desdén y rencor a la Humanidad, porque venía a que su pobre madre, la Virgen loca Carolina, conociera el Calvario sin Pasión y sin Gloria y lo viera por fin quietecito y roto como un niño mal educado que paga su travesura metido en la cuna

*negra de un ataúd, bajar a la tierra indiferente y sin milagro,
que no habría de abrirse en ninguna resurrección.*

*¡Silencio! Se abre este prólogo con la preocupación de la
muerte, y vuelvo ahora a la misma preocupación funeral. Silen-
cio, pues. No hay una sola palabra que añadir.*

Madrid. Abril, 1931.